

Hojitas de Fe

Sed imitadores míos

302

5. Fiestas del Santoral

Aspectos extraordinarios de la vida del Padre Pío de Pietrelcina

En una anterior Hojita de Fe presentamos resumidamente la vida del Padre Pío de Pietrelcina, sin poder entonces narrar detenidamente los aspectos extraordinarios que revistió su existencia, dentro de los cuales nos gustaría ahora destacar tres: • ante todo, su *transverberación* y sus *estigmas*; • luego, su enérgico *combate contra el demonio*; • y finalmente, los demás *dones* y *carismas* de que se vio dotado para edificación de las almas.

1º Transverberación y estigmatización del Padre Pío.

En la correspondencia con su confesor y con su Padre provincial, el Padre Pío les da cuenta humildemente de *la transverberación* de su corazón, gracia recibida el 5 de agosto de 1918, y de su *visible estigmatización* el 20 de septiembre de ese mismo año. Sobre la primera escribe:

Estaba confesando a nuestros jóvenes la tarde del día 5, cuando de golpe me aterró la vista de un personaje celeste, que se me presentó ante los ojos de la inteligencia. Tenía en la mano una especie de saeta, semejante a una larguísima lámina de hierro con una punta bien afilada, y parecía que de esa punta salía fuego. Ver todo esto y observar que dicho personaje me arrojaba con toda violencia la flecha en el alma, fue todo uno. Emití a duras penas un gemido, y me sentía morir. Le dije al chico al que estaba confesando que se retirara, porque me sentía mal y no tenía fuerzas para continuar.

Este martirio duró hasta la mañana del día 7 sin interrupción. Lo que yo sufrió en este luctuoso período no sabría expresarlo. Veía que hasta las entrañas quedaban desgarradas y estiradas tras aquella flecha, y que todo era pasado a hierro y fuego. Desde aquel día estoy herido de muerte. Siento en lo más íntimo del alma una herida que está siempre abierta y que me tiene continuamente acongojado (Carta del 21 de agosto de 1918).

La segunda gracia, la crucifixión y estigmatización visible, la refiere el Santo de la siguiente manera:

¿Qué responder a su pregunta sobre el modo como sucedió mi crucifixión? ¡Dios mío, qué confusión y qué humillación siento al tener que manifestar lo que Tú has obrado en esta mezquina criatura! Era la mañana del 20 del pasado mes de septiem-

bre. Estaba yo en el coro después de la celebración de la Santa Misa, cuando me sentí invadido por un reposo semejante a un dulce sueño. Todos los sentidos, internos y externos, y las mismas facultades del alma, se encontraron en una quietud indescriptible; un total y profundo silencio reinaba en torno a mí y dentro de mí. Estando así, de pronto me vino una gran paz y abandono a la completa privación de todo, aceptando la propia destrucción. Todo esto fue instantáneo, como un relámpago.

Y mientras acaecía todo esto, me vi delante de un misterioso personaje, semejante al que vi en la tarde del 5 de agosto, con la sola diferencia de que en éste las manos, los pies y el costado manaban sangre. Su vista me aterrorizó; lo que yo sentí en mí en aquel instante me resulta imposible decírselo. Me sentía morir, y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostener mi corazón, que yo sentía que se me escapaba del pecho.

Al retirarse la visión del personaje, yo me vi con que manos, pies y costado estaban atravesados y manaban sangre. Imagine el desgarro que sentí entonces, y que sigo sintiendo continuamente casi todos los días. La herida del corazón mana sangre continuamente, sobre todo desde el jueves por la tarde hasta el sábado.

Padre mío, muero de dolor por el desgarro y la confusión subsiguiente que sufro en lo íntimo del alma. Temo morir desangrado si el Señor no escucha los gemidos de mi corazón y no retira de mí esta su acción. ¿Me concederá esta gracia Jesús, que es tan bueno? ¿Me quitará, al menos, la confusión que siento por estos signos externos? Alzaré fuerte mi voz a El y no cesaré de conjurarle, para que por su misericordia retire de mí, no el desgarro ni el dolor, ya que lo veo imposible y siento que El me quiere embriagar de dolor, sino estos signos externos, que son para mí motivo de una confusión y de una humillación indescriptible e insostenible.

2º Lucha del Padre Pío contra el demonio.

A la participación de la Pasión de Nuestro Señor, debía sumarse la lucha que iba a presentarle el demonio, ese «*hombre de descomunal altura, de rasgos terroríficos*» de la visión que tuvo antes de ingresar en la vida religiosa. El «**Barba azul**», como lo llamaba el Padre Pío, se encargó de incrementar al máximo los dolores físicos y morales que nuestro Santo ya padecía, no sólo desde la estigmatización visible, sino desde prácticamente su ordenación, juntamente con los estigmas invisibles.

Son varias las cartas que, al respecto, le escribe a su querido Padre y confesor Agustín, fechadas en 1912, a tan solo dos años de su ordenación. En ellas nos descubre la dureza con que lo flagelaban el Maligno y sus secuaces durante las noches, en esas largas horas que le parecían interminables bajo la sombra de los muros de su celda:

De salud –escribía– estoy bastante bien, pero Barba Azul no quiere darse por vencido. Ha adoptado casi todas las formas. Desde hace varios días me viene a visitar junto con otros satélites suyos armados de palos y aparatos de hierro y, lo que es peor, en sus propias formas. ¡Quién sabe cuántas veces me ha arrojado de la cama, arrastrándome por el suelo de la celda! ¡Paciencia! Jesús, la Virgen, el Angelito de la Guardia, San José y el Padre San Francisco están casi siempre conmigo...

La otra noche –dice en otra carta– lo pasé muy mal; aquel «cosaco», desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana, no hizo otra cosa que pegarme continuamente. Muchas fueron las diabólicas sugerencias que me ponía ante la mente: pensamientos de desesperación, de desconfianza hacia Dios; pero ¡viva Jesús!, porque me defendí repitiéndole a Jesús: «Vulnera tua, merita mea» [tus llagas son mi premio]. Llegué a pensar que esa sería la última noche de mi vida, o que, de no morir, acabaría perdiendo la razón. Pero gracias al buen Jesús nada de esto sucedió. A las cinco de la mañana, cuando aquel «cosaco» se marchó, el frío se apoderó de todo mi ser, haciéndome temblar de pies a cabeza, como una caña expuesta a un imponentísimo viento. Duró un par de horas. Eché sangre por la boca. Después vino el Niño Jesús...

A medida que sucedían estos encuentros con el diablo, el Padre Pío iba cobrando mayor intrepidez ante el demonio, hasta llegar a no tenerle ya el menor miedo, aunque no por eso dejara de sentir el dolor físico.

¿No le dije ya, Padre mío, que Jesús quiere que yo sufra sin consuelo alguno? ¿Acaso no me ha elegido como una de sus víctimas? El dulcísimo Jesús me ha hecho comprender, por desgracia, todo el significado de ser víctima. Es necesario, querido Padre, llegar al «consummatum est» y al «in manus tuas»... No le digo de qué modo me golpean aquellos desgraciados. A veces me siento a punto de morir. El sábado me pareció que verdaderamente querían terminar conmigo; no sabía a qué santo encorazonarme. Me dirigí a mi propio ángel, y después de haberse hecho esperar largo tiempo, lo vi volar a mi alrededor, cantando con su angelica voz himnos a la divina Majestad. Entonces tuvo lugar una de aquellas escenas habituales: lo reprendí con aspereza por haberse hecho esperar tanto tiempo, cuando yo no había faltado a mi deber de llamarlo en mi socorro. Para castigarlo, no quería mirarle a la cara, quería huir de su compañía; pero el pobrecito me alcanzó casi llorando y me aferró, hasta que, alzando la mirada, le clavé los ojos y me di cuenta de que estaba muy afligido. Me dijo: «Estoy siempre a tu lado, mi querido joven, constantemente me muevo a tu alrededor con el afecto que suscita en mí tu gratitud hacia el Amado de tu corazón; este afecto mío por ti no se apagará ni siquiera con tu vida»...

Podríamos decir que aquí se nos descubre claramente el fondo del alma del Padre Pío, hasta dónde llegaba la fortaleza de su espíritu y el temple admirable de su carácter, que le dio ese tesón para no claudicar ni ante las adversidades espirituales más extremas, ni menos aún ante las temporales.

3º Principales dones y carismas del Padre Pío.

Si ahora consideramos los dones o carismas que recibió de lo alto, no para el beneficio personal sino para el del pueblo cristiano, vemos que hay tres que brillaron de manera particular en su vida, a saber, el del **conocimiento de las conciencias**, el de las **bilocaciones** y el de los **milagros**.

El primero, el **conocimiento o introspección de las conciencias**, consistía en una habitual iluminación que Dios le concedía sobre el interior de las personas, sobre todo (pero no únicamente) en el tribunal de la confesión, ayudando a los penitentes a recordar pecados nunca confesados.

Si la omisión había sido involuntaria en materia de pecados veniales, su actitud era suave y benigna; pero si había sido fraudulenta y en cosas graves, sus modos cambiaban radicalmente, manifestaba su enojo, y en más de una ocasión llegó a echar de mala manera al penitente del confesionario, con la consiguiente vergüenza por la humillación que sufría ante los demás penitentes.

Las **bilocaciones** consistían en la capacidad de estar en dos lugares a la vez, en uno con su cuerpo físico, en el otro espiritualmente pero bajo la figura de su cuerpo, sin que se pudiese distinguir entonces «cuál era cual»...

Así, estando en una ocasión con unas terciarias franciscanas, y sorprendidas éstas de verlo como en éxtasis, confesó que había estado en América con Miguel, su hermano mayor. El mismo Don Orione afirmó haberlo visto en la canonización de Santa Teresita del Niño Jesús, en la plaza de San Pedro, sin que el Padre Pío hubiera salido de su convento. Larga sería la serie de ejemplos de esta doble presencia que el Señor le concedía para que continuase su labor «paternal» más allá de las distancias.

Si nos referimos a los **milagros**, muchos son los que tendrían algo que contar. Emblemático fue el caso de la curación de una niña que nació *sin pupilas*. Su pobre madre se dirigió al Santo, el cual le obtuvo la curación solicitada, doblemente milagrosa por cuanto la niña empezó a ver, pero sin recuperar pupila alguna, de las que siguió careciendo.

A estos milagros podríamos vincular el don tan misterioso de las fragancias o perfumes que emanaban de sus mitones benditos, siendo ello un signo, ya de su presencia, ya de la concesión de una gracia solicitada, a semejanza de lo que sucede con las famosas rosas o pétalos en torno a la pequeña Santa de Lisieux. Dicen los autores que estas fragancias podían ser de tres clases: las producidas por las flores violetas, las semejantes al tabaco, y las similares al ácido fénico. El tabaco solía olerlo el Padre Pío para despejar la nariz cuando se le tapaba; y el ácido fénico lo había usado el Santo durante algún tiempo después de la estigmatización como desinfectante.

Si alguno de los fieles, después de uno de estos signos extraordinarios, le preguntaba: «Padre ¿entonces era usted?», solía contestarle: «¿Y quién querías que fuese?», como para enrostrarle su incredulidad.

Conclusión.

Por lo dicho hasta aquí, no nos falta en el Padre Pío ni el ejemplo para sufrir con paciencia y espíritu sobrenatural nuestras cruceñas de cada día, ni el protector en nuestros combates contra el demonio, ni el padre espiritual dispuesto a socorrernos cuando lo invocamos. Pidámosle, pues, con mucha confianza las cosas que necesitamos, ya que, así como no dejó él de rezar por cada uno de sus hijos espirituales mientras vivió en la tierra, tampoco lo hará ahora con todos aquellos que le supliquen con filial afecto.